

## *Las contradicciones de la política soviética*

León Trotsky  
2 noviembre 1922

(Versión castellana desde “Les contradictions de la politique soviétique”, en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, Les Éditions de minuit, París, 1967, páginas 207-213, también para las notas)

Incluso siguiendo con atención la vida política de Francia no hay necesidad de leer *le Populaire*, órgano reformista y socialpatriota. Este diario no contiene ni hechos ni ideas. Por otra parte, es en eso en lo que refleja a su partido. Colaboran en él hombres que, por regla general, consagran las nueve décimas partes de su atención a cuestiones completamente ajenas al socialismo. Algunos de ellos están ligados a este último por antiguas costumbre desde hace mucho tiempo ya perimidas, otros por la irritación que provocan las esperanzas frustradas, y otros, por fin, por muy claras preocupaciones de carrera. No hay en él ninguna traza del trabajo del pensamiento socialista que, desde un punto de vista único, analiza las situaciones, mide las fuerzas en presencia y saca conclusiones revolucionarias. Frases y frases, viejos clichés, fragmentos, atrapados por casualidad, de los discursos de Jaurès y de Guesde, todo ello sazonado con una triste cocina política. En la lectura del último número, uno tiene en todo él la sensación de haberlo leído ya. Aunque numerosos colaboradores del *Populaire* no sean tontos del todo, tengan su forma de no serlo y sepan qué pasa, el diario en su conjunto parece cubierto de un espeso barniz de idiotez, por lo demás bastante conveniente para los objetivos que persigue.

No hay ninguna necesidad de leerlo pero, de tiempo en tiempo, es muy necesario echarle una mirada pues encontramos en él, en el estado más o menos puro, el bacilo que emponzoña, ¡por desgracia!, a algunos elementos de una relativa importancia numérica de la cúspide del Partido Comunista francés. Precisamente en las columnas del *Populaire* es donde mejor se discierne el significado, para MM abogados, periodistas y arribistas francmasones caracterizados de socialistas para el uso de mítines obreros, de la “libertad de pensamiento”, de la “libertad de crítica”, y de todo el resto de cosas valiosas de esta suerte, absolutamente indispensables para los politicastros que se prestan generosamente a servir a organizaciones proletarias como un trampolín pero que no quieren, en ningún caso, someter sus altas individualidades a su disciplina.

Detengámonos en un artículo, clásico en su género, de M. Léon Blum (que de hecho es el líder de los disidentes) sobre la política de los comunistas rusos frente a Francia y el Partido Comunista francés. Refiriéndose a los ecos del viaje de M. Herriot a Rusia en la prensa burguesa<sup>1</sup>, M. Léon Blum se libra a deducciones, a generalizaciones alegres que iluminan admirablemente, si no la política de los comunistas rusos, al

---

<sup>1</sup> Edouard Herriot, dirigente del Partido Radical y futuro jefe de gobierno del Cartel de las Izquierdas, acababa de efectuar un viaje oficial a Rusia en septiembre durante el cual se habían considerado, con los dirigentes soviéticos, las condiciones de un reconocimiento diplomático del gobierno ruso por Francia.

menos sí la inverosímil confusión que reina en determinadas cabezas, y no solamente en la de M. Blum ni tampoco solamente en las de su partido. M. Blum expone que el gobierno soviético le ofrece a Francia “todo o casi todo”: no solamente el reconocimiento de las deudas de antes de la guerra sino la alianza: “alianza económica, intelectual, moral e, incluso y si hiciese falta, política y diplomática.” Y aunque M. Blum desea relaciones pacíficas entre Francia y Rusia, protesta, vean ustedes, y con la mayor energía (por anticipado, es decir de forma completamente oportuna, con perspicacia) contra el restablecimiento de la antigua alianza francorusa que estaría dirigida contra Alemania. ¡Que nadie dude que el partido de Reanudel, Boncour y Blum, estará en su puesto en el momento que se trate de defender a Alemania contra los planes imperialistas de una nueva alianza francorusa! ¿No es la mejor garantía de ello el pasado de ese partido?

¿Pero está comprobado, van ustedes a preguntarse, que la Rusia soviética está dispuesta a ayudar a Francia a estrangular definitivamente a Alemania? ¿Se puede dudar de ello? “M. Herriot ha sido recibido como visitante autorizado. Pero se excluye del partido comunista a Verfeuil y a sus amigos esperan el turno de algunos más. Se ofrece a M. Poincaré y a los capitalistas franceses todas las formas de colaboración, pero se condena a los partidarios de la adhesión de Tours que no se inclinan ante una disciplina y una ortodoxia absoluta. Se prepara la distribución de concesiones. Pero todavía se mantiene en prisión a socialistas-revolucionarios.” Estas líneas contienen toda la filosofía de M. Blum y de Verfeuil; y no solamente del excluido Verfeuil sino también de sus correligionarios políticos menos atrevidos que se mantienen en el Partido Comunista francés.

¿No es acaso una contradicción clamorosa: recibir educadamente a M. Herriot y excluir descortésmente a Verfeuil, distribuir concesiones y exigir al mismo tiempo la aplicación de las resoluciones comunistas? ¡Contradicción enorme y monstruosa! Y les ruego que no vayan ustedes a decirle a M. Blum que el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Ejecutivo de la Internacional Comunista son dos instituciones diferentes: él sabe que los dirigentes comunistas rusos pertenecen a la vez a uno y a otra y denuncia su doble juego, su extremo oportunismo práctico que va de la mano con su extrema intransigencia teórica.

Por difícil que sea nuestra situación trataremos de dar ciertas explicaciones. Lo haremos en los términos más simples puesto que las objeciones provienen de MM. abogados, periodistas, diputados, francmasones, es decir del ambiente más apático, limitado y obtuso que hay en política. También es necesario comenzar por el ABC y hundir bien cada clavo.

Dos obreros trabajan en la fábrica Renault. Uno es un revolucionario, comunista, el otro es católico. Ambos están sometidos a las mismas reglas de trabajo, cumplen las tareas que les encomienda el jefe de taller y se someten a las decisiones de la administración. El “oportunismo” practicado por el obrero comunista ¿no entra en contradicción flagrante con su intransigencia teórica? Aquí tenemos un excelente motivo para reflexionar. Confesamos que no vemos en ese caso contradicción. El obrero ha entrado voluntariamente en el partido comunista; libremente ha aceptado la disciplina; toda su conciencia, toda su voluntad tienden a que su partido se convierta en el instrumento que derrocará la esclavitud capitalista. Pero la esclavitud subsiste; el comunista debe vender su trabajo; bajo pena de muerte por hambre no puede escapar a la ley de los explotadores. Y, cuanto más hostil es al régimen de explotación que se le impone, más le exige a su partido que sea intransigente.

Cuando Manuilski<sup>2</sup> compra en algunos de los estancos de M. Poincaré algo con que rellenar su pipa, el delegado de la Internacional Comunista le procura innegablemente cierto beneficio a la república burguesa y contribuye así a cubrir una parte (muy modesta, cierto) de los gastos de armamento. Esta “concesión” práctica de Manuilski ¿no entra en contradicción flagrante con su intransigencia teórica? Digamos más: si la dependiente del estanco hubiera sabido que el señor que le decía educadamente: “gracias señora” era el bolchevique Manuilski probablemente podría escribir en el acto un artículo de fondo sobre el tema: “¿Por qué este hombre amable exige la exclusión de Verfeuil del partido comunista?”

Hasta ahora sólo hemos cogido ejemplos individuales. Tratemos prudentemente (visto el carácter antes citado de nuestras contradicciones) de ampliar el marco de nuestro análisis.

Para editar *l'Humanité*, el Partido Comunista francés debe comprar papel a empresas capitalistas y contribuir así a la acumulación capitalista. ¿Esto no entra en contradicción flagrante con la misión revolucionaria del partido? Creemos que no. Si pudiéramos, por nuestra propia voluntad, librarnos de las leyes del sistema capitalista (las del mercado, los códigos legales, las relaciones internacionales y el resto) no sentiríamos la necesidad de una revolución proletaria.

Una vez dadas estas explicaciones previas, tratemos de abordar directamente las contradicciones que han perturbado la emotiva conciencia socialista de M. Blum. Figúrense ustedes que los bolcheviques acogen a M. Herriot. Al mismo tiempo votan la exclusión de Verfeuil. Pero M. Herriot no ha sido acogido por el partido, ni, por otra parte, nos lo ha pedido. Ha venido a Rusia en calidad de representante, no oficial pero sí autorizado, de esta parte de las clases dirigentes francesas que quisieran establecer con nosotros relaciones económicas y diplomáticas normales. Nosotros nos hemos esforzado en facilitarle a M. Herriot su investigación sobre la situación del país. Hemos creído ver en M. Herriot a un portavoz burgués eventual. Recurriendo a la analogía, diremos que nuestras negociaciones con M. Herriot, un destacado hombre político de un país que, durante cinco años, nos ha bloqueado y nos ha hecho la guerra, son análogas a las conversaciones de los obreros víctimas de cierre patronal con determinados capitalista dispuestos a un compromiso. El acuerdo de los obreros con el patrono, en un caso semejante, no constituye más que un episodio de la lucha de clases, igual que una huelga aislada o un cierre patronal. En cuanto a Verfeuil, estaba entre nuestras filas, en nuestro partido, que debe conservar su unidad y su disciplina bajo todas las circunstancias: durante la guerra civil como durante la calma, durante la ofensiva como durante la retirada, durante la huelga como durante el cierre patronal, durante las negociaciones y los acuerdos. Verfeuil se ha demostrado como *un esquírol* en nuestras filas. Trabajaba en el interior de nuestra organización para debilitarnos en nuestra lucha contra el enemigo de clase. ¿Qué hay de contradictorio en que los obreros obligados a tratar con el capitalista expulsen al mismo tiempo de su seno a los esquírols? Es cierto que los obreros rusos negocian con los capitalistas en nombre del estado soviético y no en nombre de los sindicatos y del partido. Pero es porque hace cinco años conquistaron el poder.

Aplicando los métodos de M. Blum se podría decir de él: “Este socialista obedece en la Cámara a la campanilla presidencial de M. Raoul Péret, paga impuestos a la república capitalista, se inclina ante sus leyes, sus tribunales y sus policías, pero no puede obedecer a la campanilla presidencial de Zinóviev, pagar una cotización a la IC y

---

<sup>2</sup> Manuilski era en esas fechas el representante del Ejecutivo de la IC en Francia.

someterse a sus estatutos.” No le reprocharemos esas contradicciones a M. Blum: no ha escogido a su parlamento, a su república y a su partido, lo ha escogido a su imagen.

Igual que el obrero comunista de la fábrica Renault no puede evadirse individualmente del salariado, la república obrera rusa no puede escapar tampoco artificialmente de las condiciones de la economía capitalista mundial. Los contra maestres capitalistas de la fábrica Renault y los gobiernos burgueses del universo constituyen por el momento hecho indudables bastante importantes. Tenemos que tenerlo en cuenta, es decir entrar en relaciones con esos gobiernos, firmar acuerdo con los capitalistas, comprar y vender. En la fábrica Renault se puede y se le debe exigir al obrero comunista que, en sus transacciones forzadas con el capital, no infrinja en nada la regla de solidaridad proletaria; se le puede exigir que no sea un esquirolo y que combata a los esquirolas. Lo mismo se le puede exigir al gobierno de los soviets en sus relaciones con los gobiernos burgueses. Pero desde este punto de vista no podemos ofrecerle a nadie otras garantías más que las de nuestro partido y la Internacional Comunista, de la que nuestro partido sólo es una sección. Pensamos que con eso es suficiente. Y en lo que concierne al propósito que alimenta a M. Léon Blum, junto a Renaudel y Boncour, de defender los intereses de la Alemania oprimida contra una alianza francorusa agresiva, no diremos nada. Esto le pertenece por derecho a H-P Gassier. Sus argumentos serán mucho más importantes que los nuestros.

Junto a la hipocresía de una alianza imperialista francorusa, M. Blum ha edificado otra, no menos lograda, sobre el acercamiento del gobierno de los soviets y del Bloque de Izquierdas, a través de M. Herriot, acercamiento que llevaría mañana a que los soviets inviten a los comunistas franceses a apoyar a los radicales, incluso a aliarse con ellos. Se sabe que esta hipótesis no ha dejado de ejercer cierta influencia en algunos elementos del Partido Comunista francés. No ha caído en el olvido que camaradas franceses han intentado juzgar la política del Frente Único bajo este ángulo. Tratemos también en este punto de explicarnos con la claridad debida.

Consideramos que el reemplazo del Bloque Nacional, cada vez menos capaz de defender los intereses de la burguesía francesa, por un Bloque de Izquierdas, será un paso adelante, con la condición que esos acontecimientos se cumplan en presencia de una política completamente independiente, crítica e irreductiblemente revolucionaria del partido de la clase obrera<sup>3</sup>. Una nueva era de ilusiones reformistas pacifistas es inevitable en Francia tras las ilusiones de la guerra y la victoria, y *puede* devenir el prólogo de la revolución proletaria. Pero la victoria de esta revolución no podrá asegurarse más que por un partido que no tenga la menor responsabilidad en la difusión de las ilusiones reformistas-pacifistas, pues la profunda decepción de la clase obrera que sucederá a las ilusiones del Bloque de Izquierdas se transformará en primer lugar en odio y desprecio hacia el socialismo democrático y pacífico. Únicamente el partido que, incluso reconociendo el carácter histórico relativamente “progresista” (en el sentido en que lo hemos indicado más arriba) del Bloque de Izquierdas comparado con el Bloque Nacional, sostiene sin embargo una lucha irreductible contra la entrada de los obreros en el Bloque de Izquierdas y se esfuerza en oponer al proletariado, en tanto que clase, a todos los agrupamientos burgueses, únicamente ese partido, sean las que puedan ser las variaciones de humor de la clase obrera, tendrá en el momento crítico una influencia decisiva sobre la clase obrera y, por tanto, sobre la vida del país entero. No dudamos ni un segundo que cuando M. Herriot y sus amigos dirijan los destinos de Francia, los amigos de M. Blum se pondrán a la entera disposición del Bloque de Izquierdas y en el momento decisivo apoyarán todas las alianzas internacionales de su burguesía, no sin

---

<sup>3</sup> Es el mismo punto de vista que Trotsky sostendrá trece años más tarde cuando el “Cartel” (que llama frecuentemente “Bloque”) será rebautizado “Frente Popular” e incluirá a... los comunistas.

justificarse por medio de una retórica reformista y pacifista destinadas a engañar a cierto número de obreros y a engañarles un poco a sí mismos. La entrada de Renaudel, de Boncour o de Blum en un gobierno Herriot es una perspectiva puede que un poco más verosímil que la del bloque de los radicales y los comunistas. Confesémoslo, no estamos atemorizados. Como ministro socialista de la burguesía francesa, M. Blum estará mucho más en su lugar que como publicista defendiendo los principios socialistas en política internacional contra la Rusia de los soviets. En cualquier caso rendirá servicios más serios al socialismo de la misma manera, por supuesto, que Tseretelli y Kerensky. Todo ello con una condición: que haya un partido comunista unánime y combativo, sin sucedáneos de M. Blum en sus filas.

Francia ha tenido en numerosas ocasiones ministros radicales. Si pudieron abandonar apaciblemente la escena, reemplazados por otras combinaciones burguesas, fue porque la situación económica del estado burgués era mucho más firme que hoy en día y porque el proletariado no tenía todavía el partido auténticamente revolucionario. Hoy en día, en la Francia de posguerra, el Bloque de Izquierdas puede y debe, en cierta medida, entrar en escena como el último recurso político de un régimen en decrepitud. La política de la Internacional respecto al comunismo francés está dictada por el deseo de actuar de forma que el Bloque de Izquierdas, cuya estrella sube en el horizonte francés, entre en la historia como el último gobierno de la burguesía francesa.

Por ello, incluso tras la transfiguración de M. Blum, continuaremos acogiendo educadamente a todo burgués francés que venga a vernos para establecer con nosotros relaciones normales o para exportar alguna cosa, ahora o tras la victoria del Bloque de Izquierdas. Puede ser que los correligionarios políticos de M. Blum no comprenderán nada de la lógica de esta política. Por ello comprobarán más despiadadamente las consecuencias.

3 de noviembre de 1922

L. Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Para contactar con nosotros: [germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)  
Visita nuestra página web: [www.grupgerminal.org](http://www.grupgerminal.org)